

CRUZ VALENCIANO, Jesús, *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Club Siglo XXI, Madrid, 2014, 430 págs.

“¿Quiénes fueron sus introductores y para qué lo hicieron?”. Con estas dos preguntas referidas a la inocente tradición popular del “roscón de reyes”, inicia Cruz Valenciano el desarrollo de un ambicioso objetivo historiográfico relacionado con los controvertidos orígenes de la cultura burguesa en España. La tesis que sigue el autor es anunciada en las primeras páginas de la obra: fueron los grupos dominantes a lo largo del siglo XIX quienes trabajaron para adaptar una serie de prácticas culturales que ya se estaban imponiendo en las sociedades más desarrolladas del mundo occidental.

En la primera parte de la obra (“Cultura burguesa y Modernidad”), el autor sienta las premisas del estudio dejando clara su posición revisionista. Frente a la lectura tradicional sobre la debilidad y escasa iniciativa de la menguante *burguesía* española decimonónica, Cruz Valenciano defiende el arraigo de una “sólida cultura burguesa” en la España del siglo XIX “similar a la de los países europeos más avanzados”. Un proceso complejo que tendría orígenes más lejanos en el tiempo, capaz de sustituir, transformar o acomodar prácticas y tradiciones de la sociedad estamental, carente de un pulso homogéneo, pero fundamental para entender —a juicio del historiador— la futura modernización y la consolidación de las clases medias españolas.

Por esta razón, dedica la segunda parte del libro al estudio de la “Conducta burguesa y la construcción de la sociedad del buen tono”. Para ello analiza la evolución de las normas de cortesía a partir del examen detallado de los manuales de urbanidad del siglo XVIII, dirigidos fundamentalmente a los hijos de la nobleza, y los primeros visos de cambio que se infieren en obras como las de Feijoo, Clavijo y Fajardo o las críticas procedentes del teatro y la novela de la segunda mitad del setecientos. La censura de ciertas transgresiones sociales anunciaba ya el lento pero decidido camino de la *sociedad del buen tono*, de la que manuales como el de Mariano de Rementería y Fica (1829), pueden considerarse expresiones acabadas de una literatura que recogía y transmitía las principales pautas de la nueva sociabilidad basada en el autocontrol y el respeto. En este sentido, Cruz Valenciano lleva a cabo una auténtica radiografía de los nuevos tipos sociales del hombre y la mujer “finos”, desde la etiqueta y los rituales protocolarios (visitas, celebraciones, bailes, correspondencia, etc.) hasta la higiene, moda y embellecimiento personal, prácticas y espacios de sociabilidad configuradores a su vez de nuevas estratificaciones y jerarquías sociales con las que se conseguía —en palabras del autor— “poner a cada uno en su sitio para preservar la hegemonía social de los más elevados”. La *sociedad del buen tono*, presente en la mayoría de núcleos urbanos españoles en los albores del siglo XX, quedaba caracterizada.

En el capítulo tercero (“Las casas por dentro”) se analiza el desarrollo de uno de los pilares definitorios de la cultura burguesa, relacionada esta vez, con los nuevos patrones de lo doméstico. Resultado de la imbricación del pensamiento religioso, los avances de la técnica y los cambios de valores anejos al movimiento de la Ilustración y el Romanticismo, la domesticidad burguesa tendrá su reflejo en el tipo ideal de hogar perfilado por la tratadística y los comentaristas de la época. El hogar es objeto de estudio por su especial consideración como escenario principal de la mayoría de actos y representaciones de la *sociedad del buen tono*. Fruto del análisis de una fuente privilegiada, como los inventarios *post mortem*, el autor es capaz de advertir un paulatino cambio en la fisonomía de los hogares españoles ya a finales del siglo XVIII, apuntando una de las tendencias más sobresalientes en la distribución física de la vivienda, es decir, la funcionalidad y privacidad de los espacios, una reorganización posible —entre otros— gracias al aumento del consumo entre las clases medias españolas.

Precisamente, en el capítulo siguiente (“El buen tono y la cultura del consumo”) se estudian los nuevos hábitos consumidores de los españoles en un contexto integrado con el resto de países europeos, revisando así la interpretación clásica de la supuesta “excepcionalidad” española. El análisis de tres casos paradigmáticos (Cataluña, Castilla La Vieja y Madrid) sirve al autor para rastrear los orígenes del consumo moderno, poniendo el acento en el cambio que tendrá lugar desde finales del siglo XVIII resultado de la confluencia de factores tan diversos como la formación y diferenciación de las esferas público/privadas, los gustos cambiantes de la moda, los nuevos tipos de hogar, los avances tecnológicos, etc. Una expansión, sin embargo, limitada por lo general a un segmento social reducido que sólo a mediados del siglo XX logrará alcanzar a las capas mayoritarias de la sociedad. Prototipo del consumo burgués será el relacionado con la moda, difundida a lo largo del siglo XIX por la serie creciente de revistas y publicaciones especializadas que servirán de vehículo en la “codificación y comercialización de los gustos”. Así mismo, la apertura a finales de siglo de las primeras *tiendas múltiples* —precedentes de los grandes almacenes— será analizado por Cruz Valenciano como un exponente más de la evolución interna del consumo minorista español.

También la planimetría urbana se verá afectada por el surgimiento y consolidación de los nuevos aires culturales de la burguesía en ciernes (estudiada en la quinta parte de la obra “La ciudad burguesa”). La necesidad de rebasar los límites de la ciudad tradicional, llevará a muchas oligarquías urbanas a plantear los primeros proyectos de ensanches, entendidos como un factor más de progreso y símbolo de modernidad. Casos como los de Cerdá para la ciudad de Barcelona o las sucesivas propuestas que verán la luz en el Madrid de mediados del siglo XIX, constituyen ejemplos claros del nuevo tipo de urbanismo pretendido por la cultura burguesa irradiado a la mayor parte de las capitales de provincias (Bilbao, San Sebastián, Valencia, Zaragoza, etc.).

Finalmente, en la sexta y última parte (“Los placeres de la imaginación y el cuerpo”), el autor analiza el nuevo papel desempeñado por el ocio y el ejercicio físico como un hito más de la cultura del *buen tono* burgués. Tomando como ejemplos las ciudades de Madrid y Barcelona, se destaca la multiplicidad de espacios que contribuyeron a forjar la nueva identidad burguesa, tradicionales unos —el teatro, la ópera o los jardines de recreo—, novedades otros —casinos, ateneos, exposiciones, etc.—. La popularización de prácticas inicialmente minoritarias como el turismo —los viajes de salud u ocio— y el deporte —en línea con las corrientes higienistas y la moda por el realce del cuerpo— cierra el capítulo final.

La obra de Cruz Valenciano, en definitiva, constituye una sólida herramienta de enorme utilidad para seguir trabajando y proponiendo nuevas lecturas acerca del papel y la función que la historiografía viene reconociendo en los últimos años a la burguesía española. Apoyada en un completo aparato crítico, aunque en exceso dependiente de los ejemplos madrileño y barcelonés, la obra marca un interesante camino cultural decidido a revisar viejas imágenes condenatorias de la insuficiencia, falta de originalidad y escaso compromiso de la burguesía decimonónica española con la modernidad europea de su tiempo. Si bien es cierto que los nuevos tipos culturales creados por ésta no tuvieron una implicación social de masas hasta bien entrado el siglo XX, se adoptaron numerosos arquetipos aristocráticos y su influencia no terminó de cuajar totalmente a lo largo de la centuria, parece fuera de dudas el éxito final de las principales manifestaciones de la *cultura del buen tono*. Restringida en inicio a un número menor de la sociedad, su triunfo debió —como se desprende del trabajo de Cruz Valenciano— a su conexión con el lento proceso de construcción de la clase media española, quien finalmente —como el propio autor reconoce— adoptó para sí “la esencia de los valores, normas, hábitos, estilos, significados y símbolos que conformaron la cultura burguesa del siglo XIX”.

*Francisco Precioso Izquierdo*